

los que se hallaban presentes quedaron admirados y el Santo lo quedó como los demás ; y tomando de ahí ocasion para dar todavía una nueva instruccion á sus religiosos, les dijo : « Ved hermanos míos, cómo no es siempre cuando lo queremos que Dios nos dá á conocer las cosas secretas, sino solamente cuando su providencia tiene á bien manifestárnolas, porque yo nada sabia de la falta de este hermano ; pero Dios, que no queria que él se dejase llevar por su inclinacion á la gula, me ha proporcionado por lo que he dicho, el medio de poderle corregir.

Para evitar todo motivo de ambicion entre sus religiosos, no queria que aspiraran á ningun grado de la clericaltura. Aun cuando el lugar que ocupaba hubiese podido servirle de pretexto para aspirar á las órdenes sin que los demás hubiesen tenido derecho de hacer lo mismo, no quiso jamás hacerlo ; y sabiendo que Serapion, obispo de Tentira, había hablado de él á San Atanasio, patriarca de Alejandria, para ordenarle de sacerdote y declararle su superior general de todas las soledades de su diócesis, cuando este santo patriarca hizo la visita de todas las iglesias de la Alta-Tebaida, y se acercó á Tabennes, nuestro santo abad fué en verdad delante de él con sus religiosos, que eran en gran número ; pero tuvo la precaucion de esconderse en medio de ellos cuando estuvo proximo al prelado, de suerte que no fué distinguido de los otros hermanos.

El don de discernimiento con que Dios le había favorecido sobre sus religiosos le hacia conocer muy pronto de qué espíritu les venían las inspiraciones ó deseos que tenían, y si eran verdaderamente de Dios ó del ángel de las tinieblas. Él no les daba sino consejos llenos de sabiduría y que fácilmente podían seguir ; pero desdichados de aquellos que preferían sus propias luces á las de un juicio tan esclarecido. Uno de sus religiosos, á quien esto sucedió, hizo de ello una experiencia muy trágica.

Este religioso, que se había hecho célebre entre los anacoretas antes de que se pusiese bajo la disciplina de Pacomio, tenía el deseo del martirio y solicitaba del santo abad que le obtuviese de Dios la ocasion de él. El Santo le exhortaba á rechazar esta idea en la que veía una ilusion del demonio. Sin embargo aquel hermano, demasiado prevenido en favor de su sentimiento y su valor, continuó á importunarle todos los días con la misma peticion. El Santo le prometió finalmente que rogaría á Dios por esto y le predijo que caería un dia en manos de los bárbaros ; pero que tuviese cuidado, mientras llegaba este tiempo, en prepararse por medio de un gran fondo de virtud, no sea que cuando se presentase la ocasion, se hiciese apóstata por su flojedad muy lejos de ser mártir de Jesucristo ; lo cual le repitió más de una vez, advirtiéndole siempre sin embargo á que disipase de su espíritu todós aquellos vanos proyectos.

Dos años despues, habiendo el santo abad, enviado á los hermanos á cortar juncos para hacer las esteras, á una isla próxima al pais de los Blemmienses, gentes vagabundas, crueles e idólatras ¹, mientras que allí se dirigian, dijo á aquel religioso que cargase provisiones sobre un asno para llevarlas á sus cofrades, y le recomendó que estuviese sobre sí, añadiendo aquellas palabras del Apóstol. *Hé ahí el tiempo favorable ; he ahí el día de salud, cuidemos de no dar á nadie motivo alguno de escándalo, á fin de que no se vitupere nuestro ministerio.* (Cor., 6 v. 2 y 3).

Esto era decirle bastante para hacerle presentir que la ocasion sería de las más hermosas y que solo tendría que aprovecharse de ella. En efecto, á medida que este religioso se adelantó hácia el desierto, encontró á algunos de aquellos Blemmienses quienes le detuvieron, le quitaron sus

¹ Colonias de la antigua Etiopia, al sur y al Oeste del Egipto cuyas fronteras inquietaban. Denys de Periegeto les llama negros. Mela y Plinio los representan como mónstruos.

provisiones, le ataron las manos á la espalda, y le llevaron á la montaña en donde estaban sus camaradas. Estos le recibieron con grandes burlas y quisieron obligarle á adorar á sus dióses. Negóse él por de pronto; pero cuando sacaron á relucir ante sus ojos las espadas, amenazándole con furor de matarle si no obedecía, hizo como ellos la libacion derramando vino sobre sus sacrificios, y comió en su compañía de la carne que habían ofrecido á sus idolos.

Después de esta detestable flogedad, los bárbaros, que nada más tenían que hacer con él, le enviaron libre; pero aquel desgraciado al bajar de la montaña y abrir los ojos al crimen que acababa de cometer, empezó á rasgar sus hábitos, á acardenalar su rostro con golpes y á entregarse al desconsuelo. De este modo se encaminó hácia el monasterio, desde donde San Pamonio á quien Dios habia revelado su caída, le salía al encuentro como un buen padre para tenderle en su desgracia una mano compasiva.

Apenas le vió desde lejos este hermano, cuando se prosternó en tierra, y le confesó su falta lanzando grandes gritos y derramando cantidad de lágrimas confesando que su desgracia le habia sucedido por no haber seguido su consejo.

El Santo abad le mandó que se levantase y dióle severas reprehensiones. « ¡ Cuán miserable sois! le dijo; la corona estaba preparada, y habeisla rechazado. Estabais á punto de ser unido, para siempre á la santos mártires, y os habeis hecho indigno de su compañía. Jesucristo rodeado de sus ángeles iba á poner la corona sobre la cabeza y vos habeis preferido á esta algunos momentos de vida. Habeis aprehendido la muerte que sufrireis un dia, y no habeis temido perder á Dios y vuestra salvacion. ¡ Ea! ¿ Dónde está aquel valor del cual tanto os gloriábais? ¿ dónde está aquel tan gran conato de arrostrar la muerte por Jesucristo? »

El culpable, sintiendo siempre más su falta, continuaba confesando que habia pecado, que no merecía levantar los ojos al cielo, y que su perdicion no procedia más que de él mismo. Por esto el santo abad, considerando que su arrepentimiento era sincero, pasó de los reproches á las palabras de paz y de reconciliacion, y le hizo esperar que obtendría de la bondad de Dios el perdon de su crimen si quería abrazar los ejercicios de penitencia que iba á prescribirle; lo cual le prometió de todo corazón aquel verdadero penitente.

Ordenóle, pues, que durante el resto de sus dias se encerrase en una celda separada, en la que no tuviese con nadie comunicacion; que solo se alimentase de pan sal y agua; que comiese solamente un día por otro; que hiciese todos los dias dos esteras; que velase y orase cuanto le fuese posible, y que no cesase de llorar y gemir por su caída.

Aquel perfecto penitente no se contentó con someterse á esto, sino que aun hizo la mitad más; pero aun cuando se propuso no ver más á nadie, fué permitido á Teodoro y á algunos otros de los principales de la orden que le visitasen algunas veces para consolarle y fortificarle en su retiro. Así perseveró durante diez años, después de los cuales murió, habiendo dado todas las pruebas de un sincero arrepentimiento y de una perfecta penitencia.

No hay que confundir á este religioso con otro que no era de la congregacion de Tabennes, y el cual, habiendo tenido la desgracia de caer en el mismo caso, fué á buscar junto á nuestro Santo el remedio de su mal. Este gran director de las almas, después de haberle mostrado igualmente la enormidad de su crimen, le exhortó á esperar en Dios, cuyas misericordias son infinitas. Recomendóle que juntase las austeridades del cuerpo al dolor interior del corazón, y le despidió lleno de confianza y consuelo, con la esperanza de obtener el perdon siguiendo fielmente lo que estaba prescrito.

Esto hace ver que San Pacomio había venido á ser como el padre comun de todos los solitarios, que creían tener derecho de dirigirse á él en sus necesidades espirituales, ya fuesen de su orden ya viviesen bajo otras reglas. Los abades de diferentes monasterios y algunos obispos recurrían tambien á él en casos difíciles, como á un hombre que recibió del cielo extraordinarias luces.

Capítulo IV.

La gran sabiduría de San Pacomio no podia menos de hacer florecer todas las virtudes monásticas entre sus religiosos. Así que podía considerarse la orden de Tabennes como un prodigio que Dios había obrado para la salvacion de las almas, y como un modelo que proponer á todos los que querían reunir hombres para conducirles á la más eminente perfeccion. El mismo San Pacomio no lo consideraba de otro modo; no por alguna complacencia del amor propio sino por un sentimiento de la misericordia del Señor para con una obra que solo había emprendido por orden suya.

Véase en Tabennes una multitud casi innumerable de fervorosos religiosos, cuyo estudio único era desembarazarse del peso del siglo, para llevar con mayor facilidad el amable yugo de Jesucristo.

Estos religiosos vivían estrechamente unidos unos á otros con lazos de una muy pura y muy santa caridad. Animábanse mutuamente á hacer progresos en la vida del espíritu. Alimentábanse espiritualmente con una santa avidez de la palabra de Dios. Solo conversaban entre sí de los medios de triunfar de las pasiones y del demonio y de llegar á una consumada santidad; y aun cuando muchos de ellos no fuésen sino campesinos recogidos de las aldeas circunvecinas, y por consiguiente sin cultura de espíritu estaban lle-

nos de la sabiduría de Dios por el estudio asiduo que hacían de las máximas del Evangelio y por la comunicacion de las luces del cielo que recibían en abundancia.

Después de esto, nadie se admirará de que muchos de ellos hubieran sido elevados al episcopado y de que, habiéndose hecho célebre por todo el mundo el monasterio de Tabennes, acudiesen á él en tropel no solamente de todo el Egipto y de la Armenia, sino tambien del Occidente y de las extremidades de la tierra conocida; los unos para asegurarse por si mismos de las maravillas que habían oido contar de él; los otros, para alistarse allí bajo la disciplina del gran Pacomio.

Un edificio de santidad tan sólidamente fundado y tambien cimentado por los trabajos del Santo, parece que debia haberse sostenido hasta el fin de los siglos; pero la debilidad del hombre es extrema; y aun cuando en tiempos de San Jerónimo, de Rufino, de Paladio y de Casiano que hablan de él con tanta distincion, esto es, unos cincuenta años poco más ó menos después de la muerte de San Pacomio, los religiosos de Tabennes fuesen todavia muy regulares, sin embargo el gran número introdujo allí, junto con la necesidad de multiplicar los bienes la solicitud del siglo. Esta solicitud unida á la negligencia y hasta la ambicion de algunos superiores, llevó la relajacion en una gran parte, y finalmente con el trascurso del tiempo, Tabennes vino á ser una prueba de la fragilidad humana, así como había sido bajo San Pacomio y sus principales discípulos un prodigio de la gracia de Jesucristo.

Esta futura revolucion no fué ignorada del Santo. Dios se la hizo por de pronto entrever por nociones menos distintas; pero aquellas luces escapadas, por decirlo así, del cielo, se las hicieron desear más marcadas, y de ellas tuvo por último un pleno conocimiento por medio de una vision que vamos á contar á la larga como uno de los rasgos más instructivos de su vida.